

El malestar en la cultura institucional

Estoy ante ustedes para hablar, de una manera absolutamente testimonial, sobre lo que puede toparse un joven lego al querer acercarse al psicoanálisis. Por supuesto, no encarno a la juventud, cada día que pasa menos, pero si miramos alrededor, veremos que, lejos de intentar piropearme a mí mismo, si es que la juventud es algo de lo que presumir, lo que hago es señalar también que apenas tengo iguales en este entorno. Somos pocos, cada vez menos. Y los que somos, cuestionamos seguir siendo. Bueno, dejaré de hablar en primera persona del plural, ya que es cosa mía. Tiendo a la exageración, y lo que aquí pretendo exponer puede pecar de ello, pero entiendan que se trata de un ejercicio metaforizado y algo dramatizado para poder cernir algo que me cuesta expresar de otras formas. Llámenlo estilo literario si quieren.

Cuando me acerqué por primera vez al psicoanálisis, lo hice con la pasión de quien busca respuestas en la clínica. Mi interés era genuino: quería aprender, profundizar en la teoría y, sobre todo, en la práctica que podría abrirme la puerta a nuevas formas de entender el malestar humano. Conforme me involucraba, las cosas iban evolucionando, o más bien cambiando. Se siente como un camino en el que se percibe una suerte de avance, pero ese viaje didáctico, clínico, profesional y personal estaba irremediamente acompañado por algo que no esperaba: la realidad de la institución. Y junto con ella, la política. La política en su forma más cruda, esa que se traduce en jerarquías, en la lucha por el poder y en las constantes disputas burocráticas. No es una política en la que uno se sienta apelado en tanto sujeto, sino más bien algo más imaginario en lo que uno participa en tanto mercenario. Es beligerante, es inquisitiva y entra dando una patada en la puerta mientras estás tomando el té sin que puedas enterarte de nada. Tendemos a romantizar la política, o a reflexionar sobre el asunto desde derroteros a menudo demasiado filosóficos o abstractos. Espero, de hecho, que hoy también hagamos algo de eso, dado que suele ser estimulante y a menudo constructivo. No obstante, yo vengo a traer la otra política, la más material y mundana. La menos elevada y la más humana. Empiezo a considerar que quizás no sea tanto la política *per se*, sino el interés de algunos o de muchos de ser políticos. Y no digo sujetos políticos, sino políticos a secas. Algo que, en mi opinión, tiene casi un tono de insulto, dado que, de manera en la que lo quiero exponer aquí, político no es el que hace política. Eso lo hacemos todos, queramos o no. Político es el que vive a costa, precisamente, de la política que se gesta en la interacción grupal de una serie de sujetos políticos. Algo así como un parásito, pero sin nutrirse de nada. Los llamaré *Polipolíticos*. Estimados oyentes/lectores, este neologismo no viene de polis, ni del prefijo poli referido a mucho, sino de pólipo.

Quisiera comentar algo que sucede al incorporarse e ir adentrándose en una institución psicoanalítica, algo que es un fenómeno propio no solo de los jóvenes, pero sí de los neófitos que nos aproximamos de nuevas a una institución que ya tiene una historia propia. Un pasado, unas marcas, unas batallas, guerras enteras. Son algo a lo que uno no presta atención, porque no puede estar más alejado de aquello a lo que alguien que comienza una andadura busca al principio, o con lo que le cause interés o fascinación de entrada. Pero, con el tiempo, uno no puede evitar notar los "cadáveres" que yacen sobre las mesas de reunión, restos de antiguas guerras cuyas huellas aún están frescas en el aire. Para los recién llegados, estos cuerpos no tienen nombre ni rostro. No podemos reconocerlos, ni

sabemos de dónde vienen. Pero a medida que los demás hablan, descubrimos que estos vestigios tienen nombre y apellidos, y hasta cierta lógica que justifica su presencia. Sin embargo, para quienes llegamos con la ilusión de trabajar en la clínica, el olor de estas guerras pasadas impregna el espacio, generando un efecto ominoso que nos coloca, muchas veces sin elección, en la posición de tener que tomar partido en luchas que nos son ajenas. Estos cadáveres, estos restos de antiguas disputas, no son solo metáforas. Son los resquicios de conflictos que siguen presentes en la atmósfera de la institución, moldeando las interacciones cotidianas y envenenando las nuevas relaciones que se forman. No olvidemos, además, que la muerte es un negocio y que hay mucha gente que vive de los cadáveres. Yo prefiero ocuparme de la vida, estimados oyentes/lectores.

Como es de esperarse, esto suele generar no solo enfrentamiento y desagrado, sino que, además, produce en los más jóvenes una especie de desilusión temprana. Quizás en otras épocas, la política generaba en la juventud un efecto opuesto. De lucha, de compromiso, de agalma. Es algo que he escuchado a menudo referido a mi generación, eso de que somos más abstencionistas, menos volcados, etc- pero es que la política lo ha inundado todo, cada átomo de nuestras vidas, y yo, personalmente, siento hastío. Para mí, lo personal no es político, y detesto que lo político pretenda hacerse personal. Yo me niego. Pueden llamarlo un acto político, si quieren.

Al profundizar en el mundo del psicoanálisis, uno se da cuenta de que la institución, lejos de ser un mero marco de soporte, tiene vida propia. Y esa vida no siempre está alineada con la pasión clínica que, en teoría, debería estar en el centro de nuestro quehacer. No digo que la faceta política sea evitable, que no sirva para nada o que se me ocurra una manera utópica de reunirnos en sociedad pasando de puntillas por los asuntos que, en última instancia, la política pretende abordar y regular, dado que eso sería un ideal absurdo. Entiendo que lo que hay es el mal menor, o bueno, no el menor, pues de lo contrario no me estaría quejando. Es un mal necesario, eso sí. Necesario y demasiado a menudo hipnótico, pues creo que puede generar un efecto eclipsante en muchas personas, a las que les acaba interesando más la política, que la clínica. Eso es lo que me parece, cuanto menos, tedioso y preocupante. ¿Estamos ocupándonos de la perpetuación, extensión e intensión del psicoanálisis, o estamos gestando *Polipolíticos*? Los interminables conflictos internos, las tensiones políticas y las luchas por el poder se convierten en un constante recordatorio de que la práctica analítica no se desarrolla en un vacío, sino en un entorno que, muchas veces, no la favorece.

La política institucional en el campo del psicoanálisis parece ser un germen que poco a poco lo contamina todo. Lo que en principio aparece como una estructura necesaria para sostener el trabajo clínico, termina por convertirse en una maraña de tensiones que corrompen la esencia misma del saber que buscamos transmitir. Sonamos ridículos cuando empezamos a intentar aplicar términos analíticos a las discusiones de patio de colegio que se producen en nuestros círculos, como intentando envolver con un paño de seda una excreción. La energía que podría volcarse en la clínica se pierde en interminables discusiones sobre poder, jerarquía y burocracia. ¿No están ustedes hartos de recibir cientos, y no exagero, cientos de correos todos los años sobre asuntos que nos conciernen a medias y que nos interpelan aún menos? ¿Han elegido ustedes voluntariamente acudir al circo romano en el que se pelean a muerte bestias y hombres? ¿Disfrutan con ello, o apartan la mirada como a los niños a los que nos llevaban a los toros nuestras abuelas?

Lo que quizás es más desgastante para quienes llegan con el entusiasmo de trabajar en lo clínico, es la sensación de que estamos atrapados en un sistema donde es inevitable tomar partido. No se nos permite ser neutrales o desentendernos y nos vemos atrapados en una guerra que poco tiene que ver con lo analítico, aunque sí con lo humano. Y si es humano, nos puede generar preguntas que podríamos intentar indagar desde el psicoanálisis. ¿No es eso lo que hoy nos convoca?

La clínica, que debería ser el corazón del psicoanálisis, se ve cada vez más relegada a un segundo plano, mientras que las luchas por el poder institucional ganan protagonismo. La política, que de manera inevitable apela a cada individuo, en sociedades que siento que cada vez están más politizadas, resulta saturante. Entonces, la pregunta que me surge es: ¿qué lugar queda para la clínica en todo esto? Si seguimos permitiendo que la política institucional consuma nuestros esfuerzos y nuestras energías, corremos el riesgo de que el psicoanálisis se convierta en algo irreconocible. Si queremos que el psicoanálisis siga siendo relevante en los tiempos actuales, debemos buscar la manera de rescatar su esencia, aún sabiendo que dicha esencia no está aislada de otras muchas otras cosas, como puede ser la vertiente política. Es urgente que se generen espacios donde la clínica pueda volver a ser el centro de nuestro quehacer, sin las ataduras que nos impone la política institucional, eso que justamente sí proponen algunas instancias de las instituciones y que aplaudo. No todo está perdido, pero todo se puede perder.

Por todo esto, entre el deseo y el hastío, entre lo subjetivo y lo colectivo, entre la vida y la muerte, entre lo político y lo personal, entre la ley y la jungla; damas y caballeros, me muestro dividido ante todos ustedes. Y es eso lo que vengo a traerles bajo el nombre de “malestar en la cultura institucional”, eso de lo que no nos podemos zafar. ¿El precio a pagar, quizás? No obstante, sabernos inmersos en un por mí llamado “mal necesario”, no implica adoptar una postura conformista con respecto a este. Hagamos de lo posible, de lo necesario, algo un poco más deseable.